

ct

# El último secreto de James Dean

de  
Albert Tola

*(fragmento)*

## I

*La habitación de Claudia: una ventana, un escritorio, una cama.  
Claudia está leyendo.  
Entra María.*

MARÍA

Ha llegado un hombre a visitarte.

CLAUDIA

¿Quién?

MARÍA

Un hombre joven.

CLAUDIA

Qué extraño... ¿Cómo se llama?

MARÍA

No me lo ha querido decir.

CLAUDIA

¿Y qué quiere?

MARÍA

No lo sé. He insistido en que hablara, pero no ha querido. No parecía tener interés en colaborar.

CLAUDIA

Péiname, no puedo recibirle así.

*María saca su peine y empieza a peinarla.*

CLAUDIA

Lo único que me dijo fue: éramos muy jóvenes...

*Un tiempo.*

CLAUDIA

Y también: dígame que nos conocimos en el 48.

*Un tiempo.*

CLAUDIA

Si le dejas entrar sabremos quién es.

MARÍA

Pero... aunque le deje entrar...

CLAUDIA

¿Sí, María?

MARÍA

¿Te peinare de nuevo esta noche?

CLAUDIA

Sí, claro, ya sabes cómo se me enredan los cabellos por la tarde.

*Un tiempo.*

MARÍA

Claudia.

CLAUDIA

¿Sí?

MARÍA

Ten cuidado.

CLAUDIA

Ya veremos.

*María sale.*

*Entra Jaime.*

JAIME

Claudia.

CLAUDIA

¿Sí?

JAIME

No sé si me reconoces.

CLAUDIA

¿Cómo no hacerlo? ¿Quieres sentarte?

JAIME

No, no, gracias.

*Un tiempo.*

*María entra.*

*Se sienta y se pone a hacer ganchillo. Finge no escuchar, pero de vez en cuando se*

*detendrá para hacerlo con más atención.*

CLAUDIA

Hace mucho tiempo.

JAIME

(*Aliviado.*) Me alegro de que me reconozcas a pesar de los años...

CLAUDIA

Pero si para ti no han pasado: pareces una imagen fijada en un celuloide. En cambio yo me he estropeado...

JAIME

Yo te encuentro mejor que nunca.

CLAUDIA

Pues mira...

*Un tiempo.*

JAIME

Me ha costado mucho decidirme a venir...

CLAUDIA

Claro, y además esto está tan lejos...

JAIME

¿Lejos? Depende de cómo se mire.

CLAUDIA

Sigues siendo un romántico: nunca te importaron ni el tiempo, ni las distancias.

JAIME

Tardé en decidirme, porque rehuía la idea de regresar día tras día. Pero a medida que eludía la deuda, ésta se iba fortaleciendo.

*Un tiempo.*

JAIME

Hoy la lluvia me ha sorprendido en medio de la calle. Llovía tanto, que al salir de casa no veía lo que había al otro lado de la acera. Era el peor día para venir, siempre que llueve es así, pero a pesar de la ropa mojada me he dicho: ve, y consigue ese beso.

*Un tiempo.*

CLAUDIA

He soñado tu vuelta muchas veces, y siempre la imaginaba exactamente tal y como está ocurriendo. Pero falta un pequeño detalle. ¿Te apetece bailar?

JAIME

Sí.

*Claudia da una señal a María.*

*María pone un disco en el tocadiscos. "The platters": "I'm sorry"*

*Claudia sonríe y le alarga la mano.*

*Bailan.*

JAIME

Claudia...

CLAUDIA

Dime.

JAIME

No, nada...

CLAUDIA

*(Riendo.)* ¿Sabes?, esta noche estoy dispuesta a escuchar cualquier cosa...

JAIME

Entonces...

CLAUDIA

¿Entonces?

JAIME

Nada. De verdad.

*María para el disco.*

*Se dispersa el baile.*

*Un tiempo.*

CLAUDIA

Ya lo decía yo, ¿cómo se va a haber muerto? Esas cosas nunca pueden ser.

*Jaime mira al suelo.*

CLAUDIA

No sólo soy yo quién piensa así. Aquel funeral fue una farsa presidida por un ataúd vacío. *(Sonríe.)* Al fin y al cabo, los mitos nunca mueren.

JAIME

(*Sonríe.*) No.

CLAUDIA

Desguazaron el *Porche* por completo, como si desguazaran tu cadáver, y los trozos se subastaron. Los fans querían un trozo de carrocería ensangrentada, un pedazo de parachoques retorcido, o una tira del asiento dónde te habías sentado, como si quisieran una tira de tu propia piel.

JAIME

Ya, claro.

CLAUDIA

Como si acariciando la carrocería de tu coche, te tocaran y te besaran.

*Jaime intenta besarla.*

*María levanta la vista.*

*Claudia le pega una bofetada.*

CLAUDIA

Pero tú estabas muy lejos.

*Un tiempo.*

JAIME

Claudia, algo que tenemos que aclarar.

CLAUDIA

No te pongas serio, que estás muy feo. “Hay algo que tenemos que aclarar.” ¿Te parece que son cosas que se dicen a una señorita?

JAIME

Un momento. Paremos un momento.

CLAUDIA

No hay nada más que decir: estás vivo, ¿qué más quieres decir? ¡Estás aquí delante!

JAIME

Esto va muy rápido.

CLAUDIA

Siempre te gustó la velocidad.

JAIME

¿Qué quieres decir?

CLAUDIA

Y las situaciones inquietantes...

JAIME  
No creas.

CLAUDIA  
(*Aburrida de tener que recordar lo evidente.*) Cuando nos conocimos estabas con Maila Nurmi, esa actriz de serie B especializada en papeles satánicos, que en aquel ya era más conocida como “Vampira”. Cuando te preguntaron en un reportaje en qué circunstancias la habías conocido contestaste: “Conozco bastante sobre las fuerzas satánicas y estaba interesado en descubrir si esta chica estaba realmente obsesionada con ellas.”

JAIME  
Claudia...

CLAUDIA  
Dime, Jimmy.

*Un tiempo.*

CLAUDIA  
¿¡Sabes cuánto te he esperado?! ¿¡Te has parado un sólo momento a pensar en la rabia que sentí cuando volviste a los Estados Unidos!?

*Un tiempo.*

JAIME  
(*Casi un balbuceo.*) ¿Rabia? ¿Qué rabia?

CLAUDIA  
Sí, hombre, cuando te llamó Nicholas Ray.

*Un tiempo.*

CLAUDIA  
Si lo piensas bien, tu visita fue tan breve...

JAIME  
Sí... tal vez fuera algo corta.

CLAUDIA  
Pero tus películas siempre hicieron que te perdonara. Vi *Gigante* y se me pasó todo. No me importó que te hubieras ido. Ningún rencor. ¡Es verdad que el arte redime a sus creadores!

JAIME  
No me gusta que digas este tipo de cosas. De hecho, he venido a evitar precisamente eso.

CLAUDIA

¿Has venido a evitar? (*Ríe.*) Ya no se puede evitar nada. Todo ha pasado ya... Sobretudo, han pasado diez años, y está claro que tu memoria me ha idealizado. Diez años no son pocos años. Y ya no queda nadie. Salvo tú y yo. Por lo visto.

*Claudia coge a Jaime de la mano, pero él la aparta y se aleja.*

CLAUDIA

Los sábados siempre se iba al cine. Era el modo de viajar que teníamos. Una iba al cine, y creía estar alegre. Luego volvíamos a casa dando un paseo frente al mar, que seguía dónde lo habíamos dejado, furioso y gris, con tu reconfortante recuerdo en la cabeza. Te habíamos visto a ti. Tu sonrisa dulce y dolida. Tu cuerpo gigantesco, que nos había estremecido.

*Un tiempo.*

*Jaime camina nervioso.*

JAIME

Te he echado mucho de menos. Sobretudo en los rodajes.

*Un tiempo.*

JAIME

Siempre había un gran barullo.

*Claudia se sienta.*

JAIME

Rodábamos en medio del desierto, bajo un calor asfixiante. Una toma tras otra, bañaban mi cuerpo en petróleo, por lo que el calor no me dejaba respirar. Sudaba constantemente e incluso por la noche, en el hotel, ya después de ducharme, creía que salía petróleo por los poros de mi piel. Siempre había deseado trabajar con Elisabeth Taylor, pero a causa del hedor del alquitrán, ella casi no se me acercaba. Y en los momentos en que esperaba a que encarrilaran las grúas, reenfocaran, o cambiaran la lente de una cámara, pensaba en aquel mundo que había quedado atrás como en un espejismo provocado por la sed, el sol y el olor de mi propio cuerpo.

CLAUDIA

Se dijo que en aquel rodaje Rock Hudson se había enamorado de ti, tú de Elisabeth Taylor y Elisabeth Taylor de Rock Hudson.

JAIME

Pero no era exacto. Yo seguía pensando en ti.

*Un tiempo.*

CLAUDIA

Jimmy, había renunciado tantas veces a este momento... Y dime, cuando besabas a Elisabeth... ¿pensabas en mí?



JAIME

Sí.

CLAUDIA

*(En un suspiro de alivio.)* Hay que confiar en la bondad de los conocidos...

JAIME

Cerraba los ojos e imaginaba que eras tú.

*Un tiempo.*

*María se detiene.*

CLAUDIA

James, ¿qué quieres de mí?

*Un tiempo.*

JAIME

Quería volver a verte.

*Un tiempo.*

JAIME

No te haré daño.

CLAUDIA

Recuerda que el cuerdo que juega con el loco acaba tan loco que parece cuerdo.

JAIME

No estoy jugando contigo.

CLAUDIA

Tal vez, ¿pero estás seguro de que no me sigues el juego?

*Un tiempo.*

JAIME

Cuando nos conocimos éramos unos niños.

CLAUDIA

¡Que manera tan simpática de ponerse manos a la obra!

JAIME

A pesar de haber rodado dos películas, yo no tenía más que veinte y tres años. Tu ciudad era para mí un destino exótico, el capricho de alguien que aprende a jugar con el dinero.

CLAUDIA

(*Más calmada.*) Sí.

JAIME

Viajar a Barcelona era meterse la posguerra en el bolsillo como un *souvenir*...

*Jaime observa a Claudia, que parece escucharle sólo por momentos.*

JAIME

...la noche en que te conocí estaba furioso, por esa rabia que uno siente por no ser otro...

*Claudia asiente.*

JAIME

Me adentré en la Barceloneta. Las casas altas y desconchadas, tan extrañas para ser hogares de pescadores, me sorprendieron, porque tuve la impresión de reconocerlas. Comenzó a oscurecer, y el viento agitó las palmeras, que susurraban un lamento triste e intermitente. Los cigarrillos se me apagaban una y otra vez. Y empezó a llover, y yo me refugié en el primer bar abierto que encontré. Ahí estabas tú, sentada en la barra entre unos obreros, como un trazo equivocado en un cuadro. Mirabas de un lado a otro, y no alcanzabas a hablar con nadie. Llevado por la pulsión del deseo de ti, pedí un gin-tonic.

CLAUDIA

A menudo me escapaba de casa. Perdía el tiempo en los bares. Vagabundeaba tratando de entender algo de mí en las caras de la gente.

JAIME

Me acuerdo de que te sorprendiste cuando me oíste pedir. Tú no sabías qué era un gin- tonic y me preguntaste si podías probarlo. Al beber de golpe te atragantaste.

CLAUDIA

Te falla la memoria... ..te falla a menudo... Coincidimos en un cine. Te sentaste a escondidas en la última fila. Eras vanidoso, y querías ver la reacción de las muchachas cuando guiñabas un ojo en la pantalla.

JAIME

Tú me mirabas como si vieras una alucinación, y a pesar de que yo me daba cuenta, pensé que no me habías reconocido.

*María se levanta.*

CLAUDIA

Tu sonrisa sí que es un *souvenir* de posguerra... Creo que es hora de que te vayas.

JAIME

No. Es muy pronto todavía.

CLAUDIA

Sea lo que sea lo que hayas venido a hacer, será mejor que lo hagas en otro momento.

JAIME

¿Puedo volver a verte?

*Un tiempo.*

CLAUDIA

María, estoy cansada.

MARÍA

Si hace el favor de acompañarme.

JAIME

Volveré. Es importante que vuelva.

MARÍA

Hablaré con Claudia y meditaré al respecto. Pase por aquí, por favor.

CLAUDIA

Hay que ser humilde, Jimmy, no lo olvides... Humilde, y cauto.

*Salen.*

*Claudia, camina hacia la ventana.*

*La intenta abrir, pero está sellada.*

*Forcejea con la ventana.*

*Agotada, se desliza hasta el suelo.*

*Entra María.*

MARÍA

¿Le conocías?

CLAUDIA

Claro.

MARÍA

¿Quién es?

CLAUDIA

James Dean.

MARÍA

*(Irónica.)* Será mejor que te echés un poco.

CLAUDIA

No quiero dormir. Me asustan los sueños.

MARÍA

*(Sarcástica.)* Necesitas aislamiento. No volverás a ver a ese tipo.

CLAUDIA

No me lo prohíbas.

MARÍA

¿Te peino?

*María saca un peine de su bolsillo y la peina.*

MARÍA

Bueno, Claudia, ahora dime quién es.

CLAUDIA

¿Pero no lo has visto?

MARÍA

*(Irónica.)* James Dean, ¿no?

CLAUDIA

¡Claro! Dicen que se ocultó en Sudamérica.

*María tiene la intención de acariciar el rostro de Claudia, que le agarra la mano a tiempo.*

CLAUDIA

No podrás retenerme para siempre.

MARÍA

Te he cuidado día y noche cuando estabas en estados de los que ni siquiera eres consciente. Por eso no sabes, no tienes ni la más remota idea de lo que yo he hecho por ti.

CLAUDIA

No, no lo sé, y no puedo saberlo, pero sé que el hecho de ayudarme no te autoriza a cualquier cosa. Te estoy agradecida por algo que ni siquiera sé si es cierto. Quién sabe si en realidad no has hecho nada. Espero no estar pagando una deuda que ni siquiera he contraído.

MARÍA

Tú no estás pagando ninguna deuda, estás siendo atendida porque estás enferma y no te vales por ti misma. Ven aquí. Estás cansada, y necesitas reposo. Deja que te peine. El pelo se te ha enredado mucho esta tarde. ¿Por qué no me lees algo?

CLAUDIA

¿Cómo qué?

MARÍA

Lo que estabas leyendo, algo que te guste.

*Claudia asiente. María le da un libro.*

CLAUDIA

(*Lee.*) “Era una noche de invierno en Nueva York, y yo estaba en una limusina con Elizabeth Taylor y Richard Burton. El chófer del actor estaba alejándose, o trataba de hacerlo, de un teatro de Broadway en el que Burton actuaba. Pero el coche no podía avanzar debido a los miles, realmente miles, de personas que alborotaban en la calle, vitoreando y aullando, empeñados en ver un momento a los célebres amantes. Caras húmedas y fantasmales se aplastaban contra las ventanillas del coche; fornidas muchachas en un exaltado estado de excitación libidinosa aporreaban el techo; y cientos de personas que salían de otros teatros se concentraban de pronto absorbidas por la concentración de alegres y llorosos fanáticos de la pareja Burton – Taylor. La escena era como un alud que hubiera quedado bloqueado y que nada, ni siquiera un pelotón de policías a caballo acosando a la multitud con sus porras podía mover. Elisabeth Taylor estaba trastornada.”